

SE NOS HA IDO SARA

Silenciosa y discretamente, como ella trabajaba y vivía, nuestra queridísima compañera y amiga **Sara Aragonese Martínez** se nos ha ido a gozar de un eterno descanso, en el que creía firmemente. No nos cuesta nada acompañar a su marido, Rafael Hinojosa Segovia, nuestro amigo y compañero, en su duelo y dolor grandes, porque aceptar el reposo feliz de Sara no disminuye nuestro profundo dolor y el vivo sentimiento de soledad que su muerte nos produce.

Los últimos años de vida de Sara han sido años de tremenda lucha, siempre animosa, aunque muy dura. En ese tiempo, siempre ha querido Sara ahorrarnos lo que ella pensaba que serían molestias para nosotros y, por si fuera poco, también el sufrimiento moral nuestro en las incidencias y momentos más ásperos de su batalla, que nos ha ido ocultando hasta que los superaba. Pero hemos estado junto a ella y ella lo sabía. Sabía que, con la fácil naturalidad del intenso y agradecido afecto que se había ganado, estábamos a su lado. Así manteníamos, cuando ella podía y quería, jugosas conversaciones telefónicas o epistolares. Nos consuela y reconforta pensar, con poco temor a equivocarnos, que nunca la hemos dejado sola, en la medida de nuestras posibilidades.

Pero lo más importante y lo más notable es que ella, inmersa en la muy ardua batalla de su salud, nunca nos dejó solos. Siempre verdaderamente afectuosa, siempre lúcida en sus juicios, ha seguido siendo, hasta el último momento, la compañera y amiga que, en todo, ponía cuanto estaba de su parte para hacer su trabajo con la mayor perfección y para repartir felicidad a su alrededor, con obras grandes y pequeñas. Cuando su situación le exoneró por completo de todo deber académico, la calidad de su personalidad no le permitió desentenderse de lo que había sido su muy querido Departamento de Derecho Procesal de la Universidad Complutense, que tanto contribuyó a convertir en un ámbito de trabajo exigente pero, a la vez, cálido y grato.

Por todo esto, he escrito que Sara se *nos* ha ido. En este caso, no es un lugar común al que haya recurrido, sino la verdad inmediatamente sentida y sencillamente dicha. Es que sin Sara nos falta una compañía siempre reconfortante. La estamos echando de menos a diario. Y si ése es nuestro

sentimiento —es, desde luego, el mío personal— es porque contábamos con ella cada día, aunque no escucháramos su voz ni leyéramos sus mensajes.

No me parece que sea éste el momento y lugar para extenderse en la excepcional personalidad de nuestra compañera y en su impecable historial de profesora e investigadora, queridísima por sus alumnos y por sus discípulos, pues con su ejemplo y su quehacer impartió, sin proponérselo, un valiosísimo magisterio, genuino e integral. Ahora necesitamos expresar, aunque sea con pobres palabras, el dolor, la admiración y la gratitud que sentimos. Mil gracias, Sara y descansa en paz, sin olvidarnos.

Andrés de la Oliva Santos